

El Viejo de las estrellas

El leve golpeteo del bastón de madera en el suelo era lo único que se podía apreciar en el enorme silencio de aquellos rascacielos vacíos y esqueléticos. La hierba se colaba por todas las rendijas extendiendo otra vez su reino por donde la invasión del cemento y la piedra se lo habían arrebatado. Por fin volvía la reconquista.

El apreciable cojeo del Viejo y su lento caminar no eran ningún problema en aquel lugar, era un sitio muy tranquilo, las ruinas caídas a su alrededor y las marcas y huecos que empezaban a cubrirse de musgo. Parecía mentira que apenas unos años antes eso hubiese sido un centro neurálgico abarrotado y completamente colapsado por el acero y el humo. Chicago ya no era lo que solía ser, ahora los esqueletos derruidos de los edificios constituían el único paisaje a la vista.

Las bombas y el infierno, el egoísmo y la destrucción habían sepultado a la civilización bajo un halo de brutalidad y extinción, un silencio construido sobre los cadáveres de millones de muertos y las lágrimas de los supervivientes, pero, al fin y al cabo, para el Viejo, aquel silencio resultaba igual de agradable, daba igual de donde proviniera.

Desde luego el Viejo no perdió la sonrisa cuando sus pies rozaron un hueso extrañamente pequeño, o cuando vio un barrio completamente quemado, o cuando los animales se empezaron a atacar entre sí, ni siquiera incluso cuando un grupo de supervivientes le encontró y sin mediar palabra lo golpeó hasta dejarlo inconsciente y le robaron lo poco que tenía, menos el bastón que siguió a su lado, junto a él, como su sonrisa.

El Viejo apenas recordaba la enorme guerra que había asolado el mundo, en esos momentos también había sido Viejo, sin embargo, no era tan feliz como ahora, parecía como si todo aquel desastre hubiese hecho aumentar su felicidad. Apenas recordaba un poco de su vida anterior incluso del día anterior al siguiente paso por su camino.

Porque el Viejo estaba siempre caminando, siempre viajando, nunca permanecía más que el tiempo necesario para comer un poco y dormir, nunca más. Sabía que su viaje había comenzado en un lugar muy lejano que no podría situar en ningún mapa y sus pasos podían parecer erróneos, extravagantes o simplemente sin sentido pero siempre estaban guiados por algo.

Todas las noches, cuando ya no podía andar ni un paso más se tumbaba en el sitio donde estuviera, daba igual si hacía frío o calor, si era asfalto o hierba, simplemente se quedaba allí y observaba las estrellas.

Las sentía dentro de sí, como si le poseyeran y todo a su alrededor se transformaba en una especie de prisma multicolor donde el arte parecía condensarse ante sus ojos de forma estridente, como agujas luminosas que sembraban el cielo, proyectando enorme chorros de luz. Y siempre señalaban la misma dirección. El Viejo simplemente las seguía.

Sabía que tenía que hacerlo. Algo se lo decía. Tenía que seguirlas. Y al final del viaje averiguaría de qué se trataba.

Y cada noche volvía a sumirse en ellas y volvía a averiguar la dirección. Así se iba acercando a su objetivo y el tener uno era precisamente lo que le otorgaba su sonrisa perfecta.

Ahora se encontraba en las ruinas humeantes de los que se había conocido anteriormente como Chicago, las ruinas de las antiguas ciudades eran los sitios más seguros de todo el mundo, dado que la mayor parte de los supervivientes las evitaba debido a las enormes radiaciones que podrían desencadenar enfermedades en poco tiempo. El Viejo no lo temía, las estrellas le protegían y le guiaban. Sin embargo, su vida no era fácil.

Cuando acabó la guerra el orden social establecido cayó, no existían los gobiernos y el descontrol era tan grande que no había posibilidad de que la sociedad prosperara, los supervivientes apenas tuvieron tiempo de celebrar el haber sobrevivido, dado que se encontraron que probablemente habrían sido más felices muriendo. Los supervivientes lucharon en un ataque continuo los unos con los otros, de forma individual o en pequeños grupos. En ese contexto, un pobre Viejo viajando era una víctima fácil.

Sin embargo, nunca tuvo problemas graves, es cierto que recibió más palizas y robos de los que le hubiese gustado pero extrañamente parecía salir a salvo de todas esas situaciones. Las estrellas le vigilaban y se preocupaban.

Sus pasos lentamente lo sacaron de Chicago para adentrarlo poco a poco en los caminos, los bosques, las praderas y las costas de los enormes lagos, las casas abandonadas y los huesos que permanecían siempre en todos los lugares que visitaba, siempre estaban allí, como una especie de recordatorio infinito de lo que había sucedido.

Las estrellas continuaban cada noche guiándolo, y cuanto más las observaba más claro venía su objetivo y más olvidaba todo lo que sucedía a su alrededor. Las estrellas eran su sonrisa y su única fuente de felicidad.

Comía de lo encontraba en cualquier lugar, sin importar su origen, aunque también podía pasar días enteros sin probar apenas bocado. Cuando sentía hambre simplemente pensaba en sus estrellas y sacaba fuerzas de los restos de su cuerpo.

Su bastón se apoyaba una y otra vez, y le permitía avanzar paso a paso, sin preocuparse de nada más de que la dirección fuera la correcta.

Y así, poco a poco, con el paso del tiempo fue avanzando por todos los caminos, cruzando las ciudades también convertidas en apenas unos letreros sucios y destartalados que señalaban donde antes la tierra había estado ocupada por Detroit, Toronto, Montreal y Quebec.

Una vez allí, siguiendo las estrellas se adentró en la península del Labrador, cuyos bosques habían pasado impasibles durante toda la guerra, acogiendo a cientos de miles de desesperados que buscaban huir de las áreas pobladas donde se producía el infierno. En la actualidad esos bosques estaban completamente despoblados, protegieron durante apenas un par de meses a todos aquellos desesperados, pero pronto una epidemia los barrió del mapa. Y los bosques, quedaron otra vez en silencio.

El Viejo comenzaba a notar algo cada vez más mágico, se estaba acercando al lugar de las estrellas, podía notarlo, había algo que se lo indicaba, tal vez fuera el verdor más estridente, el fulgor más brillante del sol, la frialdad helada de la luna o el sonido del

viento contra los ancianos de madera. Pero sabía que su objetivo estaba cada vez más cerca.

El viaje por el bosque fue mucho más complicado, apenas podía encontrar comida, y sus huesos desgastados y débiles apenas le permitían recoger algunos frutos de dudosa procedencia y mucho menos cazar a ningún animal. Además la lluvia se había cada vez más constante y le calaba hasta los huesos, de forma que sus temblores eran tan continuos y brutales que incluso empezó a temer no poder cumplir su objetivo.

Sin embargo, siempre conseguía sacar fuerzas de algún lugar, siempre tenía una especie de reservorio que le permitía dar el siguiente paso.

Y de esta manera llegó hasta la costa. Ya no podía avanzar más. Pero sabía que ese no era el final de su viaje, tenía que continuar, tenía que seguir hacia allí hacia el frío e inmenso océano.

Comenzó a desesperarse, las estrellas le decían que continuara pero no sabía cómo hacerlo, le resultaba imposible avanzar ya más. Y sin embargo, no sabía por qué, no perdió tampoco la sonrisa en esas condiciones.

Estaba cansado, demasiado cansado y por primera vez se sentó sin ninguna razón aparente. Y allí esperó a que el anochecer llegara.

Y la dirección volvió a marcar hacia el mar pero en esta ocasión había algo diferente, parecían más cercanas, y una a una se fueron depositando sobre la superficie del mar, convirtiéndolo en un camino dorado hacia el infinito.

Un camino.

Una idea pasó por su cabeza, tal vez si fuera un camino lo que se estaba formando ante sus ojos.

Lo intentó.

De todos modos no tenía nada que perder y todo que ganar si lo hacía.

Posó uno de sus pies por encima de la alfombra de oro y para su sorpresa no cedió bajo su peso, si no que se mantuvo estable y serena, como si se tratara de un firme camino de piedra.

Continuó haciendo lo que había estado realizando todo este tiempo, caminar, viajar. Pero esta vez sabía que se acercaba peligrosamente a su objetivo.

Pronto la costa estuvo demasiado lejana, y solamente podía sentir a su alrededor las oscuras aguas que susurraban con el oleaje y la sal y las leves ráfagas que provenían del norte y le helaban completamente cada uno de los huesos.

Conforme avanzaba se notaba cada vez con más energía y vitalidad, de forma que podía ir más rápido. Cuando llegó el amanecer empezó a distinguir a lo lejos una inmensa isla y lo supo.

Desde que la vio lo supo.

Aquella isla era el objetivo, era lo que las estrellas le marcaban. Podía ver a su alrededor un halo de luminoso, como si proviniera de otro mundo, como si todos los horrores y la destrucción no tuvieran cabida allí. Era el Refugio que había estado buscando en el fondo de sí mismo, era el lugar donde podría recuperarse de todo aquello que le había tocado vivir.

El camino de estrellas empezaba a desvanecerse conforme avanzaba el sol a salir por el horizonte.

El Viejo no podía permitir que aquella oportunidad única se escapara. Empezó a correr, a pesar del dolor, a pesar de que su viejo cuerpo le imploraba que no lo hiciera. Tiró su bastón a un lado, y quedó flotando sobre el agua salada.

Corrió con todas sus fuerzas y a cada paso que daba, parecía como si la isla brillara más y se convirtiera en algo todavía más maravilloso.

Finalmente la isla le acogió entre sus brazos y el Viejo cayó sobre la dorada arena con una exhalada del aire que le quemó en los pulmones.

Lloró de felicidad. Por fin lo había logrado, estaba en el Refugio, en su Refugio.

Y de repente levantó la mirada.

Y buscó entre sus ropas, una pequeña bolsita en uno de sus bolsitos.

La bolsita estaba vacía.

Ya no quedaban más estrellas que lo poseyeran.

Ya no tenía ninguna sustancia para alejarse de la realidad.

Miró a su alrededor otra vez, la arena sucia y quemada, los bosques inhóspitos y arrasados por el fuego y la contaminación radiactiva, las cumbres adornadas con humo y huesos.

Las estrellas se habían acabado, había consumido cada mísero rayo que desprendían, cada estrella que había encontrado, en los caminos, en los brazos de gente extraña, en los rincones y los sitios abandonados. Las había recogido todas para que le ayudaran a olvidar esa mísera realidad.

Y conforme las estrellas empezaban a abandonarlo, la realidad y los recuerdos volvieron a asaltarle. La guerra, la destrucción de su ciudad, la muerte de todos sus seres queridos, su vida entre suciedad y dolor en aquel mundo destruido.

Ni siquiera tenía fuerzas para perder la sonrisa.

Allí quedó el Viejo, tirado como un muñeco roto en la costa ajada y profanada de Terranova. Y ya no tenía a sus estrellas.

